

LA COLEGIATA DE SAN MIGUEL DE ALFARO Y SU CONSTRUCCIÓN

INOCENCIO CADÍANOS BARDECI
(Doctor en Historia del Arte)

La subcomarca que Alfaro forma en el extremo de la Rioja Baja, presenta características propias. Por ejemplo, su basculación hacia las cercanas tierras de Zaragoza explica su tradicional relación económica y artística con ésta, su dependencia de la diócesis de Tarazona y el que buena parte de los arquitectos que aquí citamos trabajaran y procedieran de aquella región aragonesa. Dentro de la documentación de la mencionada diócesis de Tarazona se encuentra el pleito que detalla la construcción de la colegiata que ha servido de base a este breve estudio¹.

1.-*La antigua colegiata*: La Colegiata de San Miguel suena en el año 1240, aunque se dice que ya estaba levantada unos dos siglos antes. Este primer templo se encontró en lo alto del pueblo, junto al castillo. En el siglo XVII estaba en completa ruina y por ello tuvo que trasladarse al sitio en que hoy se halla.

El proyecto de traslado e intento de construcción de un nuevo templo venían de mediados del siglo XVI. La primera piedra se puso en 1562, aunque todo quedó en la compra y acondicionamiento del solar, muchos proyectos, buena voluntad y poco más. Durante un siglo los oficios religiosos tendrían lugar en un mal edificio a los pies del que se estaba levantando. Se trataba de un antiguo mesón y sus dependencias, provisionalmente acondicionados para el nuevo fin, aunque “con tanta yndecencia... que no se le conocía por yglesia”. En dicha remodelación trabajaron los canteros Domingo de Yarza y Domingo Pérez.

2.-*El nuevo edificio del siglo XVII: canteros, proyectos y realizaciones*: Era, pues, lógico que tanto el pueblo como el cabildo aspiraran a tener un buen templo, de cierta suntuosidad y en consonancia con la calidad de Alfaro “villa que hera una de las principales y populosas que nos teniamos pues hera de mas de mill y seiscientos vecinos y sola la colegial de mas de doze mill personas de comunion (dato exagerado), la qual dicha colegial estaba en tiempos antiguos quando hessa dicha villa hera frontera de los reinos de Navarra y Aragon y fortaleza de estos de Castilla a sombra y amparo del castillo y por eso en lugar desacomodado por lo qual y por el ebidente peligro que tenía y por la ruina que estaba amenazando su hedificio abia sido forçoso mudar la dicha yglesia y vajarla a sitio acomodado y por ser la fabrica della pobre no se abia podido hedificar de proposito y abia sido arto poder comprar el sitio y hedificar de prestado”. La nueva Colegiata, de patronato real, estaría asistida por un abad, 16 canónigos, 6 racioneros y numerosos capellanes.

1. A.H.N.: Cons. leg. 28.163.

La falta de medios y la negativa de los perceptores de diezmos y primicias dio lugar al recurso que relata las vicisitudes de la construcción del actual edificio. Hacia 1619 se iniciaba el pleito con los dezmeros exigiéndoseles que “contribuyesen con la cantidad nezesaria y conforme hera combeniente para la calidad de essa dicha villa y de la capacidad que abia menester los parrochianos della”. En la visita pastoral del mismo año el obispo encontró la iglesia flaca y demolida con necesidad precisa y forzosa de construirla. Los canónigos de Alfaro y prebendados de Tarazona no ofrecieron resistencia pero el marqués de Urbina, don José de Sámano, a quien correspondían “las doze suertes de diez y ocho” de las primicias y diezmos, se opuso a ello.

El Consejo Real reaccionó enérgicamente reteniendo todos los diezmos. El 3 de junio de 1621 ordenaba trazar la planta y fijar las condiciones. Medio año después, es decir, a comienzos de 1622 mandaba que comenzasen las obras: “que en la dicha ciudad de Alfaro se aga y hedifique en la parte donde al presente esta la yglesia que pretende la dicha villa la qual sea de sesenta mill ducados de gasto y no mas”. Las mencionadas trazas y condiciones fueron encargadas a los arquitectos Pedro de Ruesta y Ramón Sáez.

Los interesados en los diezmos alegaron que el nuevo proyecto era excesivo, que no se correspondía con las necesidades de la villa pues en muchas ciudades del reino, mayores y más ricas que Alfaro, “no eran de tanta costa ni aun de la mitad”. Podría hacerse una colegiata semejante a la antigua, con tan sólo 10.000 ducados. De haberse aceptado esta última cifra hubiera resultado, sin duda, un templo reducido y de ninguna pretensión, puesto que era una cantidad que caía, casi, en lo ridículo. Consecuencia de todo lo expuesto era que debía de modificarse el proyecto.

El Consejo aceptó, en parte, la propuesta reduciendo el presupuesto a 40.000 ducados. Pero advirtió que, si la ciudad quisiera seguir con el pensamiento de invertir 60.000 ducados (y, aún decían que 80.000), sería a costa de sus propios arbitrios y no de los dezmeros, debiendo de obtener antes permiso real. Esto último es lo que se debió de decidir puesto que no consta que por entonces fueran modificados los planos. Al contrario que en el resto de España, parece que el siglo XVII representó para Alfaro una época de relativa prosperidad.

En 1624 el cabildo llamó a su presencia a Pedro de Aguilera, Juan de Uroz, Pedro de Ruesta, Ramón Sáez y Francisco Dason, maestros de obras, “para que viesen y entendiesen las posturas que habian sido hechas en razon de la asistencia del edificio y fabrica de la dicha colegiata que se ha de hacer”. Expusieron su idea de que no debía reformarse el proyecto sino seguir la antigua traza “que hera la que havian dado de parte del dicho Ramon Sáez e Pedro de Ruesta con las emiendas e reformacion que dellas estaban hechas”. Al mismo tiempo el citado Juan de Uroz propuso que el nuevo templo se levantara, no en el sitio de la Plaza, hacia la calle Mayor, que era muy húmedo, sino en donde se encontraba la iglesia “de prestado”, con los ensanches necesarios conseguidos a costa de ciertas expropiaciones llevadas a cabo por el Ayuntamiento. A todos les pareció acertada la elección.

Inmediatamente fueron abiertos los cimientos en la Plaza del Mercado y comenzaron a levantarse los muros de la nave que estaba delante del crucero hasta la capilla de Nuestra Señora, así como otros seis colaterales. Todo a costa de los fondos de la Colegiata.

Estas primeras obras fueron ejecutadas por Juan de Uroz (o Urroz) a jornal. Y, aunque no prosiguió trabajando, lo hecho por él resultó determinante para el resto de la obra. En efecto, las dificultades económicas obligaron a suspender los trabajos. Hasta entonces

habían sido recogidos 44.648 reales del embargo de los diezmos, cantidad a todas luces insuficiente. Con el fin de paliar el problema, se propuso que los dezmeros adelantaran anualmente 1.000 ducados cantidad, como se ve, que seguía siendo muy pequeña para un templo de tal envergadura. No es, pues, de extrañar que los trabajos fueran paralizados a menudo o llevaran una vida lánguida. Con aprobación real fue firmada una concordia en el anterior sentido.

De continuar las obras se encargaría unos años después el arquitecto zaragozano Domingo Zapata. En 1627 presentó una nueva traza y condiciones decisivas puesto que representaron un verdadero replanteamiento de la Colegiata. La anterior planta, que terminaba a la altura del coro actual, fue alargada notablemente correspondiéndose con el edificio de hoy en día. En una de sus primeras condiciones exigió que los muros se continuaran según lo hasta entonces construido. Proyectó numerosas cúpulas a lo ancho del templo y en algunas capillas laterales, como las muy notables de los Pueyos y Frías. Sobre todas estas cubiertas irían linternas redondas por dentro y ochavadas al exterior. No todas se ejecutaron y, a medida que avanzaban las obras, también fueron suprimidos o alterados otros detalles, a juzgar por el aspecto actual. En todos los puntos cuidó Zapata de la seguridad y solidez de la construcción señalando la clase de madera, yeso y ladrillo de primera calidad y exigiendo el cumplimiento exacto de todas las condiciones. En uno de sus últimos puntos indica que las portadas de la Colegiata serían de arco de medio punto, en consonancia con la plasticidad del ladrillo empleado, sustituyendo a los ingresos adintelados, anteriormente proyectados, que iban a ser de sillería.

El nuevo modelo fue bien visto tanto por el cabildo como por la propia villa (ahora ascendida a la categoría de ciudad) de Alfaro. Y bajo dicho proyecto, con algunas modificaciones posteriores, sería concluida la Colegiata muchos años después. Pero ahora los trabajos no se harían a jornal sino que serían adjudicados al mejor postor. El maestro de obras, Pedro de Aguilera, se comprometió a realizarlas por 25.000 ducados. Pero por 22.000 ducados y los materiales de la Colegiata de Arriba que estaba siendo derribada, se quedó con ellas el propio Domingo Zapata en 1639. Puso un límite de siete años para cumplir lo prometido, pero no fue así por falta de pago y hasta hubo quejas de su mala actuación. Al morir pocos años después, continuó las obras el cantero Domingo Arregui.

En 1646 aparece como constructor Juan de Treu (o Utreu) “por quanto el edificio y fabrica de la yglesia que esta principiada acer cerca de la plaza del Mercado desta ciudad, esta detenido por aver faltado los maestros que an entendido en ella y tambien la yglesia vieja que llaman de San Miguel de Arriba... que se prosiga y acave la mitad de lo que esta principiada...”. Según esto, parece que poco había avanzado el templo. Y también la actuación de Utreu debió de ser muy limitada pues cobró tan sólo 6.750 ducados.

En 1649 el maestro zaragozano Pablo Hernández se comprometía a concluir la media iglesia por 12.500 ducados. Pero las insalvables limitaciones económicas (en 1659, por ejemplo, no existía absolutamente ningún fondo) redujeron los trabajos a poco y, además, falsamente construido. Al poco tiempo de ser levantada la cúpula del crucero se hundió, con gran pesar de todo el pueblo.

En 1662 los dezmeros ya habían aportado los 40.000 ducados exigidos por el Consejo real y por ello solicitaban que el resto del templo, como se había ordenado, fuera financiado por la ciudad. Esta pidió que continuara la contribución, pero aquéllos se negaron. Dos años después se llegaba a un nuevo compromiso: seguirían entregando los

1.000 ducados anuales hasta finalizar la obra pero la ciudad, por su parte, aportaría 2.500 reales y cada vecino su propio trabajo o cuatro reales. Así se obtendrían los 21.000 ducados que aún se necesitaban, según declaración de los canteros Juan de la Portilla Sarabia, Juan Francisco Sobejano y el carpintero José de Iribarren. Hasta entonces se llevaban invertidos unos 50.000 ducados.

En 1662 la obra iba adelantada pues “estaba en disposición de cubrirse por estar echos los arcos... las paredes maestras así interiores como exteriores, columnas... hasta la cornija exterior”. Pero aún no servía de templo. Se tenía almacenada gran cantidad de materiales. Con todo, dos años después consta que seguía sin haberse echado los tejados. El peligro de grave deterioro era evidente puesto que se trataba de una obra de “ladrillo y yeso”.

Las interminables dificultades económicas seguían presentes: la ciudad de Alfaro no podía disponer de sus propios por tenerlos embargados. Era, pues, lógico que durante unos años siguieran paralizadas las obras. Como en el pasado, serían varios los alarifes que pasarían circunstancialmente por ellas. De tender la nueva media naranja se encargaría el antes mencionado cantero local, Juan Francisco Sobejano. Ahora sólo restaba finalizar la ornamentación para concluir la “mitad” de la Colegiata.

Y aquí acaba el pleito. Pero a tenor del más amplio proyecto de Domingo Zapata, todavía quedaba por levantar el tramo de los pies y su llamativa portada. Con dificultades económicas, muchas dudas, cambios de proyectos... sería finalizada la tan ansiada Colegiata en la década de 1682 a 1692².

3.-*El resultado*: Nuestro edificio resultó de gran magestuosidad, uno de los mejores de La Rioja, consecuencia del continuado interés y sacrificio del cabildo, concejo y pueblo de Alfaro. La falta de piedra y el excelente ladrillo local empleado, le conceden, también, un original aspecto, trayéndonos a la memoria, siempre que le contemplamos, los bellos y populares edificios mudéjares del cercano Aragón. Sus tres naves de seis tramos, doble crucero, triple presbiterio saliente y numerosas capillas laterales le otorgan unas proporciones notables. Su monumental fachada clasicista destaca airosa entre el caserío de la ciudad al gusto del más puro barroco³.

2. MARTÍNEZ DÍEZ (J.): *Historia de Alfaro*. Logroño, 1983, p.527.

3. MOYA VALGAÑÓN (J.G.): *Inventario artístico de Logroño y su provincia*. Madrid, 1975. T. I, p. 67.



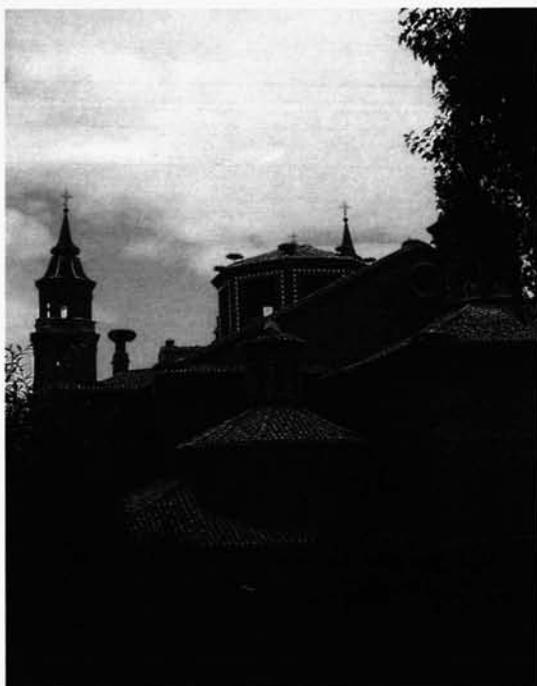
Lám. I: Colegiata de San Miguel Arcángel de Alfaro. Detalle de la fachada.



Lám.II: Ibidem.



Lám. III: Ibidem. Detalle del exterior de la cabecera.



Lám. IV: Ibidem. Vista general desde la cabecera.